

En busca de un sueño perdido. **Análisis del film *Los soñadores* de Bernardo Bertolucci**

El ascenso político de la nueva derecha francesa líquida tal vez el legado del mayo francés del 68 y empaña en gran parte el recuerdo que iluminaba las revueltas del *Barrio Latino*. “La barricada cierra la calle, pero abre la vía” expresaban algunos de los *graffitis* de los estudiantes parisinos a fines de los sesentas. Justamente es la apertura de una vía lo que refleja la película de Bertolucci, o tal vez sólo un intento de apertura, una utopía inconclusa.

La ruptura con la ideología dominante de aquellos tiempos es una de las premisas fundamentales de la película. Es en la escena de la cena donde Theo discute con su padre acerca de la concepción del arte, donde Mathew introduce una nueva visión sobre el modo de contemplar la realidad y donde los tres adolescentes se irán entonces configurando como sujetos al romper con un orden establecido que irán dejando en el camino. Sin embargo esta ruptura está envuelta en un proceso. Siguiendo la línea de Husserl, decimos que su capacidad de elegir se encuentra en parte determinada, se trata de una “conciencia situada” pues se haya conformada en un cuerpo con tradición histórica y cultural. Estos individuos se irán configurando en sujetos de una nueva historia, culturalmente posmoderna y políticamente combativa, a lo largo de todo el film, ya que desde lo sexual hasta lo público estas nuevas ideas se irán conformando, como bien dice Althusser, en prácticas materiales con rituales propios definidos no por un aparato ideológico dominante, sino por un aparato naciente irradiado de renovación. Las ideas de un sujeto deben existir en sus actos, menciona Althusser y esas prácticas son las que vamos descubriendo a lo largo del relato.

Son soñadores que influenciados cabalmente por la revolución estética de la *Nouvelle vague*, se encaminan hacia una revolución política y social. Bertolucci cita y alude a varios filmes de la nueva ola francesa para articular un discurso que diferencia la juventud de comienzos de los sesentas con la de los de fines de la misma década. “Amor a los veinte años” de Truffaut da cuenta de aquella revolución estética. En esa película un abismo se levanta entre los personajes y la identificación del espectador, se percibe a su vez un claro intento de ruptura con el cine clásico y sus códigos establecidos, enfatizando incluso quiebres en la estructura lógica. Es decir que este film de Truffaut, como muchos otros del mismo autor, así como de Godard y demás realizadores de la vanguardia francesa e incluso cineastas clásicos han atravesado sin duda a Theo, Mathew e Isabelle, los han configurado como sujetos de una nueva cultura, pero sin embargo les ha faltado algo que la juventud revolucionaria de fines de los sesenta deberá quebrantar. Los muchachos de los años previos no intentaron o no pudieron modificar su entorno, si bien en lo artístico existió una ruptura feroz, no sucedió lo mismo en el ámbito político y social. El adolescente de “Amor a los veinte años” no consigue finalmente quedarse con la mujer que ama, no evita tampoco terminar en medio de dos adultos frente a una pantalla de televisión. No existe entonces la posibilidad aún en esos tiempos de modificar el orden hegemónico en ciertos campos.

Los soñadores deberán atravesar por lo tanto una cantidad de desafíos que irán transportándolos desde lo más íntimo a lo más social. Quedando solos en casa, siendo dueños de su propio mundo, rompen con todas las normas a la vez que dialogan con la juventud que lentamente dejan atrás. Se enfrentan a desafíos sexuales cada vez más arriesgados, rompiendo tabúes mientras discuten desnudos sobre la Revolución Cultural

china y el *Libro rojo* de Mao o sobre la guerra de Vietnam. Oponiendo la cultura a la violencia y viceversa. Si bien en algún momento estos soñadores tal vez pudieron haber encajado perfectamente en uno de los lemas de aquellos tiempos: “no sé lo que quiero pero lo quiero ya”, es luego de la “aprobación” de los padres cuando finalmente pueden salir a luchar al exterior. Cuando los adultos contemplan los tres cuerpos abrazados y deciden dejar la vía libre, es cuando finalmente se produce el quiebre que faltaba. Abandonar su espacio burgués y simbólico y enfrentarse al mundo real de la policía y la administración de De Gaulle. Donde luego su historia quedará paralizada, suspendida.

Esta juventud con sus raíces en la nouvelle vague debe desprenderse de ella para salir a combatir. La nueva ola queda en el ámbito privado de la casa, en lo inmodificable, lo idealizado. Afuera está la lucha, el cambio y el futuro. Estos soñadores como toda su generación nace con aquel nuevo cine, oímos como Isabelle dice haber nacido en 1959 mientras vemos una escenas de Godard. La huella inscrita es imborrable. Pero ha quedado atrás. Una vía se ha abierto y habrá que seguir adelante, aunque tal vez la visión de Bertolucci no sea demasiado esperanzadora.

Santiago Peidro